



WALTER TEVIS

EL BUSCAVIDAS

Traducción del inglés de Juan Trejo

IMPEDIMENTA

Henry, negro y encorvado, abrió la puerta con una de las llaves que colgaban de la gran anilla metálica. Acababa de subir en el ascensor. Eran las nueve de la mañana. La puerta era enorme, una gran losa de roble ornamentada, teñida tiempo atrás para que pareciese de caoba, aunque ahora se asemejaba más bien al ébano debido a los sesenta años de humo de tabaco y suciedad que acarrea. Henry empujó la puerta, colocó el tope en su sitio con el pie malo y entró cojeando.

No hacía falta encender las lámparas, porque a esa hora los tres enormes ventanales de la pared lateral dejaban entrar la luz del sol. Al otro lado, la mañana se extendía sobre una parte considerable del centro de Chicago. Henry tiró del cordón que separaba las pesadas cortinas y estas se recogieron con mugrienta elegancia hacia los costados de los ventanales. Apareció una panorámica de edificios y, entre ellos, franjas de cielo de un azul virginal. Después abrió las ventanas, aunque tan solo unos pocos centímetros por la parte inferior. Una ráfaga de viento se coló sin contemplaciones, formando pequeños

remolinos de polvo y de lo que había quedado de cuatro horas seguidas de humo de cigarrillos que no tardaron en disiparse. Al caer la tarde, las cortinas siempre estaban corridas y las ventanas cerradas; tan solo por la mañana el aire fresco sustituía el viciado ambiente de tabaco.

Un salón de billar, por la mañana, era un lugar extraño. Experimentaba diferentes etapas, sufría una metamorfosis diaria, mudaba su moteada piel. En ese momento, a las nueve en punto, parecía una gran iglesia, ensimismada, inmóvil a la luz del sol que entraba por los ventanales, con sus grandes mesas de aquella caoba intemporal y maciza, sus tapetes verdes discretamente ocultos bajo fundas de hule gris. Las panzudas escupideras de latón dispuestas a lo largo de las paredes, colocadas entre las sillas altas con asientos de cuero limpio y resistente, pulido hasta el punto de centellear con un brillo antiguo, y, por encima de todo eso, el alto y arqueado techo con sus cuatro grandes lámparas de araña y su claraboya con infinidad de cristales, pues se trataba del último piso de un viejo y venerable edificio que, achaparrado y feo, se alzaba apenas ocho insignificantes plantas en el centro de Chicago. El enorme salón, con las sillas de respaldo alto para los espectadores agrupadas con reverencia alrededor de cada una de las veintidós mesas, bien podría haber sido un santuario, una catedral destartalada.

Más adelante, sin embargo, cuando entraban los empleados y el tipo que llevaba la caja, cuando se encendían los ventiladores de techo y Gordon, el encargado, encendía la radio y hacía sonar la música, la sala transmitía esa peculiar cualidad de la vida diurna propia de los lugares que solo cobran vida por la noche; algo que puede apreciarse a primera hora de la mañana en clubes nocturnos, bares y salones de billar de todo el mundo: grandes estancias prácticamente vacías en las que resuenan los pasos de unas pocas personas, algún que otro tintineo de cristal o de objetos metálicos, el ruido de las escobas, de los trapos húmedos,

de los muebles que se desplazan de un rincón a otro, y la música ligeramente irreal que emiten los aparatos de radio. Pero, sobre todo, la sensación de que el lugar aún no está vivo del todo, a pesar de albergar en su interior las primeras muestras de lo que será la resurrección vespertina.

En cambio, por la tarde, cuando empezaban a entrar los jugadores y el salón se llenaba del humo de tabaco, del ruido de las bolas que entrechocaban, duras y brillantes, y del chirriar de los cubos de tiza contra las duras puntas de los tacos, era cuando daba inicio la etapa final de la metamorfosis, que alcanzaba su culmen en el momento en que, bien entrada la noche, los jugadores ocasionales y los borrachos ya se habían marchado y tan solo quedaban los verdaderos creyentes y los furtivos: unos se dedicaban a mirar y apostar, en tanto que los otros —una reducida aunque variada camarilla de hombres, todos vestidos con tonos apagados, que se conocían, pero rara vez hablaban entre sí— jugaban tranquilamente intensas y fascinantes partidas de billar en las mesas del fondo. Era entonces cuando ese salón, el Bennington, se animaba de un modo especial.

Henry sacó una escoba de cepillo ancho de un armario que había junto a la puerta y, cojeando, se puso a barrer el suelo. Antes de que hubiese acabado, entró el cajero, encendió su pequeño transistor de plástico y se dispuso a contar el dinero de la recaudación. El timbre de la caja registradora sonó con fuerza cuando insertó la llave para abrirla. Una voz les deseó a todos los buenos días desde la radio.

Henry terminó de barrer, guardó la escoba y empezó a retirar las fundas de las mesas, dejando al descubierto los brillantes tapetes verdes, ahora sucios debido a las vetas de tiza azul; las mesas que habían ocupado los vendedores y oficinistas la noche anterior estaban manchadas de talco blanco. Tras doblar las fundas y colocarlas en un estante del armario, tomó un cepillo y frotó con él los pasamanos de madera hasta que

brillaron con una cálida tonalidad marrón. Después cepilló la tela hasta borrar los rastros de tiza y de talco, y también el polvo, y el verde de los tapetes volvió a brillar.

A primera hora de la tarde, un hombre alto y corpulento que lucía unos tirantes verdes sobre una camisa practicaba en la primera mesa. Fumaba un puro. Lo hacía de un modo parecido a como jugaba al billar, pensativo y midiendo todos sus movimientos. Como hombre paciente que era, mordía el cigarro despacio, al estilo rumiante de una vaca, e iba reduciendo el extremo poco a poco hasta alcanzar el estado de deformación húmeda que más le placía. Golpeaba las bolas con calma, siempre a la misma velocidad, siempre embocándolas en la misma tronera y —prácticamente en todas las ocasiones— haciéndolas caer dentro de un modo suave pero firme. No parecía disfrutar, ni tampoco lo contrario; llevaba veinte años practicando el mismo tiro.

Un hombre más joven, de rostro delgado y austero, lo observaba. Aunque era verano, vestía traje negro. Mostraba una expresión de angustia permanente y, con cierta frecuencia, se retorció las manos como si estuviera inquieto, o bien se apretaba enérgicamente la nariz con el dedo índice. Algunas tardes, su

gesto de ansiedad se veía acentuado por la tensión que transmitían sus ojos, la dilatación de sus pupilas. Sin embargo, en esos momentos no se apretaba la nariz, sino que dejaba escapar una risita nerviosa de vez en cuando. Esto sucedía cuando había tenido suerte con las apuestas la noche anterior y había podido comprar cocaína. No jugaba al billar, pero siempre que podía se ganaba la vida con las apuestas paralelas. Lo llamaban el Predicador.

Al cabo de un rato, habló, apretándose la nariz para calmar el ansia, el insistente susurro provocado por su adicción, que empezaba a manifestarse.

—Gran John —le dijo al hombre que estaba entrenando—, creo que tengo noticias.

El hombretón golpeó la bola, sin que aquella interrupción perturbara el firme movimiento de su carnoso brazo. Observó cómo la brillante bola número tres rodaba sobre la mesa, rozando la banda, y alcanzaba con facilidad la tronera de la esquina. Se volvió, miró al Predicador, se sacó el puro de la boca, lo contempló, volvió a mirar al Predicador y dijo:

—¿Crees que tienes noticias? ¿Qué significa eso de que *crees* que tienes noticias?

El Predicador parecía confuso, acobardado por su réplica.

—Oí decir algo... anoche, en casa de Rudolph. Había un tipo jugando a las cartas y dijo que acababa de llegar de Hot Springs, de las carreras... —La voz del Predicador había adquirido un tono áspero. Gran John le incomodaba y, en su presencia, los efectos de la abstinencia se estaban dejando notar. Se frotó con fuerza debajo de la nariz con el dedo índice—. Dijo que vio a Eddie Felson en Hot Springs, y que pensaba venir aquí. Es posible que llegue mañana, Gran John.

Hacía un rato que este había vuelto a apagar el puro. Se lo sacó de la boca una vez más y lo observó. Estaba reblandecido. Al parecer, ese detalle no le desagradó, porque esbozó una sonrisa.

—¿Eddie el Rápido? —preguntó, alzando sus pobladas cejas.

—Eso dijo. Estaba repartiendo las cartas y comentó: «He visto a Eddie Felson el Rápido en Hot Springs y me ha dicho que quizá se pase por aquí. Cuando acaben las carreras». —El Predicador se frotó la nariz—. Dijo que a Eddie no le habían ido muy bien las cosas por allí.

—Se comenta que es bastante bueno —dijo Gran John.

—Tengo entendido que es el mejor. Por lo visto, tiene mucho talento. Los que lo han visto jugar opinan que no tiene rival.

—No es la primera vez que me llegan comentarios por el estilo. Lo he oído decir de un montón de jugadores de segunda.

—Por supuesto. —El Predicador centró su atención en su oreja y empezó a tirar de ella, con la mirada perdida, como si de algún modo extraño intentara parecer inteligente—. Pero todo el mundo dice que derrotó a Johnny Vargas en Los Ángeles. Lo destrozó —dijo, tirándose de la oreja, y para darle mayor énfasis a sus palabras, pues Gran John se volvía a mostrar impasible, añadió—: Fue pan comido para él. Lo aplastó.

—Tal vez Johnny Vargas estuviese borracho. ¿Los viste jugar?

—No, pero...

—¿Quién los vio? —De repente, Gran John pareció cobrar vida. Se sacó el puro de la boca y se inclinó hacia el Predicador, mirándolo fijamente—. ¿Conoces a alguien que *haya visto jugar* al billar a Eddie Felson el Rápido?

Los ojos del Predicador iban de un lado a otro, como buscando un recoveco donde esconderse. Al no encontrar ninguno, respondió:

—Bueno...

—¿Bueno qué? —Gran John no dejaba de mirarlo con intensidad, con dureza incluso, sin pestañear.

—Bueno, no.

—No. Pues claro que no. —Gran John se enderezó y extendió los brazos, como si pretendiese invocar al Todopoderoso—.

¿Y quién, en nombre de Dios bendito, ha visto *alguna vez* a ese hombre? Venga, di. Nadie. Esa es la respuesta. Nadie. —Se volvió hacia la mesa, sacó la bola tres de la tronera de la esquina y la colocó sobre el tapete verde. Luego marcó con tiza la punta del taco, muy despacio, como si para él la conversación ya hubiera concluido y el asunto hubiese quedado zanjado.

El Predicador tardó un minuto en recobrar la compostura, en ordenar su torturado ingenio.

—Pero ya oíste lo que dijo Abie Feinman que contaban en el Oeste de Eddie el Rápido, de que le había pasado la mano por la cara a Texaco Kid y a Vargess y a Billy Curtiss y a un montón más. Y anoche, en casa de Rudolph, el tipo ese dijo que en Hot Springs no se habla de otra cosa más que de Eddie Felson el Rápido.

—¿Y qué? —Gran John dejó la bola tres, se volvió con desdén, se sacó el puro de la boca—. ¿O sea que ese fulano de Hot Springs vio jugar al billar a Eddie?

—Bueno, verás... Según parece, el tipo ese anda metido en algo relacionado con una gran estafa en las carreras... Creo que está en el ajo en un timo... Y dijo que estaba muy liado con sus clientes. Pero me contó...

—De acuerdo. Vale, ya está, ya me lo has dicho.

Gran John volvió a concentrarse en su entrenamiento, acarició el taco. La bola rodó, rebotó y cayó en la tronera de la esquina. La colocó de nuevo. Plop. Otra vez.

El Predicador lo observaba en silencio, preguntándose cuándo fallaría. Gran John seguía golpeando la bola tres de un lado a otro de la mesa, metiéndola donde correspondía. Cada vez que la bola llegaba a la tronera, el Predicador se tocaba la nariz. Al fin, la bola recorrió el tapete una fracción casi imperceptible de centímetro más cerca de la banda de lo normal. Impactó contra la esquina de la tronera, rebotó levemente y luego se detuvo. Gran John alzó la bola, la sostuvo en su pesada mano

derecha y la observó, no con desdén, sino con desaprobación; en los últimos veinte años, había fallado en muchas otras ocasiones. Luego la metió con un gesto brusco en la bolsa de la tronera y se volvió hacia el Predicador.

—Y ese Eddie el Rápido ¿quién es? Hace seis meses, ¿quién había oído hablar de Eddie el Rápido?

Al Predicador le sobresaltó aquel comentario.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Todo el mundo habla de Eddie el Rápido. De acuerdo. Pero ¿quién es?

El Predicador se tiró del lóbulo de la oreja.

—Bueno... El tipo del que te he hablado dice que trabajaba en la costa. En California. Dice que acaba de echarse a la carretera, hará unos dos o tres meses. Nunca ha jugado en Chicago.

Gran John se sacó el puro de la boca, lo miró con desagrado y lo arrojó, con precisa puntería, a una de las escupideras de latón que había en el suelo, justo debajo del soporte para los polvos de talco. Hizo un ruido como de siseo al caer, y ambos observaron la escupidera durante un momento, como esperando que ocurriera algo. Al ver que no pasaba nada, Gran John volvió a mirar al Predicador. Sin el puro ni la bola tres, su concentración era total. Dio la impresión de que el Predicador se empequeñecía de manera ostensible ante la intensidad de su mirada.

—Hace treinta años —dijo Gran John—, *yo* tenía una gran reputación. Como Eddie el Rápido. Tenía talento. Hace treinta años calzaba botas a la moda, vivía en Columbus, Ohio, e iba al salón de billar en taxi, en *taxi*, y jugaba con los chicos que trabajaban en las fábricas y con los pequeños fenómenos del billar y, bien lo sabe Dios, fumaba puros de veinticinco centavos. Y, bien lo sabe Dios, me vine a Chicago. —Se detuvo un momento para tomar aire, pero no disminuyó la intensidad de su mirada—. Llegué a esta maldita ciudad con mi gran

reputación. Cuchichearon sobre mí la primera vez que puse un pie en este salón de billar, y me señalaron con el dedo, ese es Gran John, de Columbus, y me presentaron al viejo Bennington, cuyo nombre luce en el cartel que está encima de la puerta de este local dejado de la mano de Dios, exactamente igual que ahora, excepto que antes era de madera y no de neón. Yo estaba en racha, Dios mío, yo era un campeón del billar proveniente de Columbus, Ohio, un pez gordo que venía de fuera. ¿Y sabes lo que me pasó cuando jugué contra Bennington, el mismo que viste y calza, en la mesa número tres —la señaló, una robusta y resistente mesa de caoba—, esa de ahí, a veinte dólares la partida? ¿Sabes lo que pasó?

El Predicador se movió inquieto.

—Bueno. Es posible. Creo que sí...

Gran John alzó las manos. Parecía un coloso.

—Lo *crees*, ¿eh? Dios santo, amigo, ¿no *sabes* nada a ciencia cierta?

Sin saber muy bien cómo, el Predicador fue capaz de mostrar un deje de resentimiento justo en el centro de toda la furia que se estaba concentrando en su interior.

—De acuerdo —dijo—, perdiste. Supongo que te ganó.

Gran John dio su aprobación a aquellas palabras. Volvió a bajar sus tremendas manos, las colocó con firmeza sobre las caderas y se inclinó hacia delante.

—Predicador —dijo sin alzar la voz—, me machacó. Me dio una buena tunda.

Permaneció en silencio durante un minuto. El Predicador clavó la mirada en el suelo. Luego Gran John volvió a la mesa, sacó la bola tres de la tronera y la sostuvo en la mano, pensativo.

Al fin, el Predicador alzó la mirada.

—Pero sigues siendo un buscavidas. Virgen santa, eres uno de los mejores de Chicago. Además, eso no significa que Eddie el Rápido...

—Claro que no. Desde que entré por esa puerta, hace treinta años, no he dejado de oír hablar de peces gordos que vienen de fuera. Han venido de Hot Springs y de Atlantic City y me han sacado toda la pasta. A mí nunca se me ha dado bien fingir. En cambio, si vienen a cara descubierta de Misisipi, Texas o California a jugar con alguien de Chicago al que se le dé bien esto, no se marchan con más de lo que traían. Eso no pasa nunca, nunca.

El Predicador se apretó la nariz.

—No me fastidies, Gran John —dijo—, es posible que alguien, muy de vez en cuando, se vea obligado a... Hombre, ya sabes cómo funciona esto del billar.

Gran John sacó un puro nuevo del bolsillo de la camisa.

—¿Que ya sé cómo funciona esto del billar? —dijo—. ¿Que ya sé cómo funciona esto del billar? —Rompió el envoltorio del puro, hizo una bola con el celofán en la mano—. Por Dios bendito, es lo que estoy intentando que entiendas. Sé cómo va esto del billar y lo que intento decirte es que nadie —se inclinó hacia delante—, *nadie* jamás viene aquí y le gana a George el Duende o a Jackie el Francés o al Gordo de Minnesota. No si van a cara descubierta, porque en cuanto alguno de ellos toma un taco y Woody o Gordon colocan las bolas, se ponen a jugar de un modo que ni tú ni yo ni Willie Hoppe podríamos siquiera imaginar, ni con la ayuda del Altísimo. Si les diese por jugar ofertando limitaciones, o si George el Duende o Jackie el Francés empezasen a conceder bolas, quizá se convirtiese en una partida de billar a dos bandas. Pero ningún pez gordo de Columbus, Ohio, o de California va a ganar a un auténtico jugador de billar de Chicago. —Se metió el puro en la boca, sin detenerse a humedecerlo—. Habida cuenta de lo que acabo de decirte, ¿qué puedes contarme de Eddie Felson el Rápido, de California?

El Predicador se apretó la nariz.

—De acuerdo —dijo—, de acuerdo. Esperaré a que llegue. —Sin embargo, de manera casi inaudible, añadió—: Pero machacó a Johnny Vargas. Tal vez fuese en Hot Springs, pero lo machacó.

Gran John pareció no oírlo. Había tenido la bola tres en la mano todo ese rato y la colocó de nuevo sobre la mesa. Situó la blanca detrás. Le puso tiza al taco.

—Ya veremos cómo le va con el Gordo de Minnesota —dijo en voz baja. Golpeó la bola tres con suavidad, y esta siguió su habitual patrón de movimiento, su órbita, sobre el tapete verde, hasta alcanzar la tronera de la esquina. Luego metió la mano en el bolsillo, sacó un arrugado billete de un dólar y lo dejó en la banda—. Ve a comprarte algo de droga —dijo—. Estoy harto de ver cómo te frotas la maldita nariz.